

Homilía del 12 de diciembre de 2010

Hoy es el Tercer Domingo de Adviento. Este domingo es llamado Domingo de Gaudete, o Domingo de Regocijo. El nombre viene de una antífona. Al principio de la Misa, cuando no se canta una canción, hay una Antífona de Entrada por cada domingo. Por el Tercer Domingo de Adviento la antífona, en Latín, comienza: «*Gaudete en Domino Semper*»; en español, «Estad siempre alegres en el Señor.» En el Domingo de Gaudete, debemos regocijar. Y cuán apropiado para nosotros que hoy día es también la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, siempre un momento de regocijo. Ya que es Adviento, sin embargo, nuestra alegría se apaga mientras miramos al Evangelio.

«¿Eres tú el que ha de venir?» los seguidores de Juan el Bautista pidió a Jesús. ¿Eres tú el Mesías, el Cristo—el Ungido de Dios—para quién hemos anhelado? En el pasado Juan había pensado que era, pero ahora él está en la mazmorra de Herodes, y todavía Jesús es un maestro y predicador itinerante. ¿Es posible que Jesús es el que Juan, y los otros, había esperado durante tanto tiempo.

Algunos de los Judíos de la época de Jesús estaban buscando un mesías que fuera un gran guerrero rey como David, que los libraría de sus vencedores romanos. David fue tan héroe. Aun como un chico él asesinó el gigante Goliat. Joven David, recuerdan ustedes, metió una piedra en su resortera, apuntó, y cayó Goliat, herido mortalmente. Cuando David se hizo un hombre, vino ser un gran guerrero, defendió la gente de Dios de sus enemigos, y hizo su rey. Juan se preguntaba, «¿Podía ser el Mesías?» Jesús no era como David en absoluto. Él no era un guerrero, y las personas que a menudo se agruparon alrededor él fueron los pobres y las personas marginadas.

Otros Judíos esperaron un gran profeta; muchos pensaban que el Mesías sería un profeta como Elías. Elías había desafiado los sacerdotes de Baal y los había puesto en vergüenza. ¿Recuerdan ustedes la historia dramática? En una lucha en el Monte Carmelo, Elías y los profetas de Baal se tendrían pedir su Dios para mostrar su aprobación de su ofrenda. Los sacerdotes de Baal bailaron alrededor su altar y se cortaban, sus voces roncadas de tanto gritar. Pero Baal no aceptó su sacrificio. Elías rezó al Señor, y el fuego vino abajo de los cielos. Juan no había oído nunca historias sobre

Jesús llamando al fuego abajo de los cielos. Jesús no actuaba como Elías, así Juan envió su discípulos para preguntar, «¿Eres tú el que ha de venir?»

¿Qué es la respuesta de Jesús? «Vayan a contar a Juan lo que están viendo y oyendo [él dice]: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de la lepra, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el Evangelio».

Mientras miramos nuestro mundo del año dos mil diez, podremos sentir como Juan el Bautista. «Señor,» podremos decir, «¿quién nos librá de los enemigos en nuestra época? ¿Quién ahora vencerá los poderes del malvado?» Oímos a Jesús decir a los discípulos de Juan el Bautista, «Vayan a contar a Juan lo que están viendo y oyendo», y los discípulos vieron la obra curativa del Mesías. Jesús elogió a Juan el Bautista, pero también dijo que el más pequeño de nosotros que es en el Reino de los cielos es más grande que Juan. ¿Porqué? Porque debemos continuar le obra curativa de Jesús. Eso es exactamente la razón que Nuestra Señora de Guadalupe dijo a Juan Diego para construir una Iglesia para ella:

Deseo vivamente que se me erija aquí un templo, para en él mostrar y dar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa, . . . a ti, a todos vosotros juntos los moradores de esta tierra y a los demás que me aman que me invoquen y en mi confíen; oír allí sus lamentos y remediar todas sus miserias, penas y dolores.

Nuestra Señora expresa el mensaje de Jesús. Como Nuestra Señora es, así debemos ser. Nosotros que estamos en el reino de los cielos debemos expresar todo nuestro amor, compasión, auxilio y defensa a ellos que nos necesitan y debemos oír sus lamentos y, en la medida en que somos capaces, remediar todas su miserias, penas y dolores. Eso es nuestra vocación principal en Jesucristo. Que Dios todopoderoso nos ayude comprender lo que él nos ha llamado a ser y a hacer en el nombre de Jesús, por el poder del Espíritu Santo, y con la ayuda y el soporte de Nuestra Señora de Guadalupe.

Deacon John McCully